

Esperanza y utopía en la filosofía moral y política de Kant

Hope and Utopia in Kant's Moral and Political Philosophy

GUILLERMO LÓPEZ MORLANES¹

Universidad Autónoma de Madrid, España

Reseña de: Roberto R. Aramayo, *Kant: Entre la moral y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, 328 pp. ISBN: 9788491813101

Como dice Nuria Sánchez Madrid en su último libro (*Elogio de la razón mundana. Antropología y política en Kant*, Madrid y Buenos Aires, Ediciones La Cebra, 2018), cada época necesita (y debe) diseñar su propio diálogo con Kant. Aunque aparentemente todo lo que sobre Kant pueda pensarse ha quedado ya dicho, estudios como el de Nuria Sánchez Madrid o el que aquí presentamos, de Roberto R. Aramayo, demuestran lo contrario. Su lectura recupera al –en palabras de Javier Muguerza, interlocutor privilegiado de este ensayo– «mejor Kant», donde las preocupaciones de índole práctica ocupan el centro de la escena. Así, y como declara el propio título, el libro pretende esclarecer la diferencia entre aquellas figuras que Kant consignó como las del *moralista político* frente al *político moral*, para acabar mostrando la importancia y necesidad de este último en nuestros días. El *leitmotiv* que atraviesa todo el escrito y que sirve de guía tanto expositiva como propositiva es la de la «utopía moral», apuesta hermenéutica de Aramayo en la que cifra sus esperanzas de actualización del sistema práctico kantiano.

El libro se divide en dos partes complementarias. La primera, «Hacia una política moral», recorre el pensamiento ético-político, jurídico y de filosofía de la historia kantiano y expone los principales hitos argumentativos, de forma exhaustiva y rigurosa, a la vez que

¹ Graduado en Filosofía y Derecho (UCM), cursa ahora mismo el Máster en Filosofía de la Historia: Democracia y Orden Mundial en la Universidad Autónoma de Madrid, donde disfruta de una Ayuda para el Fomento de la Investigación. Contacto: guillermo.lopez.morlanes@gmail.com.

muestra sus deficiencias y aporías, lo que arroja al final tanto una amplia panorámica como un balance muy equilibrado de la filosofía práctica de Kant. En la segunda, en cambio, todos estos problemas son abordados en diálogo con otros autores, principalmente Platón, Spinoza, Rousseau, Diderot, Muguerza y Cassirer. La pretensión de esta parte es muy distinta, pues, frente a la necesaria abstracción de la anterior, se tematizan aquí conflictos concretos (como la educación o el colonialismo) que ayudan a reforzar la imagen de actualidad que las ideas kantianas tienen. Virtud de este escrito es afrontar una exposición y defensa del pensamiento de Kant desde la asunción de unas ciertas incoherencias, fallas o carencias. Por ello, se insiste desde el comienzo en el potencial crítico del *planteamiento* de las clásicas preguntas kantianas y se pide benevolencia al lector ante unas respuestas que, si bien hoy día nos pueden causar justificado rechazo, no dejan de poner en evidencia problemas de nuestra constitución como sujetos y como sociedad aun sin resolver.

El libro arranca recordando que la tranquila vida de Kant se vio interrumpida, al menos, por dos acontecimientos fundamentales. El primero, aquel despertar del sueño dogmático de la metafísica gracias a Hume. El segundo, aquel otro despertar provocado por Rousseau (y confirmado, años más tarde, por la experiencia de la Revolución francesa) que hizo a Kant deshacerse del «sopor gnoseológico» y centrarse en las cuestiones de índole práctico, en los «derechos de la humanidad». La tesis de un primado de la razón práctica sobre la teórica no se apoya simplemente en estos avatares biográficos, sino que de fundamenta en la impresionante evidencia textual que Aramayo pone en juego, que demuestra un profundo conocimiento del corpus kantiano y permite al lector hacerse cargo de textos poco conocidos, como son las lecciones universitarias o las reflexiones. Sin evitar los conflictos interpretativos ni los naturales cambios en el pensamiento de un autor, la estrategia de Aramayo consiste en abordarlo sistemáticamente: no de manera cronológica, sino rastreando los problemas y las soluciones en múltiples textos, saltando de unos a otros, sin forzarlos. Por ejemplo, en la exposición del problema de la mentira, una de las mayores preocupaciones de Kant, recurre a, desde la *Crítica de la razón práctica* hasta las *Lecciones de ética*, pasando por la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres* o *Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía*. Es importante destacar, como insiste el autor, en que el interés práctico de Kant no se limita a los textos “explícitamente” políticos, como podría ser *Hacia la paz perpetua*, sino que lo encontramos en aquellos que aparentemente se dedican a asuntos más “teóricos”: así, por ejemplo, Aramayo efectúa una sugerente lectura en clave moral y política del ensayo sobre el mal radical de *La Religión dentro de los límites de la mera razón*, interpretación que permite trazar una clara conexión con esos textos que decimos se presentan como decididamente políticos en Kant (en este caso, con *El conflicto de las Facultades* y el problema del estatuto de la filosofía como disciplina universitaria).

Nos es imposible catalogar aquí siquiera mínimamente todos los problemas a los que se enfrenta una ética como la kantiana, que en el libro de Aramayo se presentan en un único y sólido argumento. Por ello, destacaremos algunas de las consideraciones que son cosecha propia del autor y nos parecen más innovadoras. A modo de ejemplo, podemos recalcar el

otro concepto que va unido indisolublemente al de utopía, que es el de *esperanza*, concepto al que se le saca mucho rédito en base a lo que el autor ha denominado como «*imperativo elpidológico*», dentro de su «Elogio del ateísmo ético», que ajusta cuentas con ciertas lecturas teologizantes del pensamiento kantiano. Este imperativo, en palabras del autor, podría formularse así: «Actúa *como si* todo dependiera de tu hacer o dejar de hacer, confiando al mismo tiempo en que otra instancia diferente y con poder para ello (la naturaleza, la providencia, el destino... o cualquier otra instancia –Algo– que te inspire confianza) cumplimente tus bienintencionados esfuerzos morales». Como había mostrado a propósito de la explicación de la teoría moral de Kant que partía del problema de la mentira, se da en ella una suerte de paradoja en tanto que en una ética rigorista, formalista y fuertemente antieudemonista, la *felicidad* reclama en todo momento tener su lugar y no puede ser desterrada. La conclusión a la que arriba Kant, tras una meticulosa argumentación, es que «la moral no constituye una teoría sobre cómo nos *hacemos* felices, sino una teoría sobre cómo debemos llegar a ser *dignos* de la felicidad». Ahora bien, en nuestro actuar cotidiano constatamos que la virtud no lleva aparejada, ni mucho menos, la felicidad. No obstante, sólo si albergamos esa *esperanza de ser felices* será posible la moralidad.

Esta es, nos dice Aramayo, «la gran aporía que dinamiza todo el planteamiento ético kantiano», a saber, que la felicidad no es fundamento (ni móvil) de la moralidad, pero sí su corolario necesario, y hemos de albergar la esperanza de que algún día virtud y felicidad lleguen a darse al mismo tiempo. Esta esperanza nos ha de *confortar* si vivimos moralmente, pero para ello es preciso que vivamos *como si* todo dependiera de nosotros, requisito previo que nos puede hacer merecedores de la dignidad de ser felices. Entra aquí en juego el problemático concepto del *sumo bien*, esa síntesis de moral y felicidad que reclama la razón práctica y que exige el *postulado* de la existencia de Dios, una «creencia impuesta por una exigencia moral» que posibilite «aquello que propiciaría el cumplimiento del deber» o, en palabras de Kant, una *fe racional*. No obstante, hemos de tener siempre en cuenta que, para este planteamiento, Dios no es nunca fundamento de la moralidad. La moral kantiana es autónoma y el sujeto no necesita más que de sí mismo para darse leyes morales conforme a las cuales actuar: lo importante es la intención del sujeto, su ejercicio del deber como ser racional libre que es, no las consecuencias de sus acciones. Nuestra tendencia es, no obstante, a estar constantemente pendientes del resultado de nuestro obrar, buscando siempre algo que pueda servirnos como meta, que identifiquemos como la conjunción de virtud y felicidad en el mundo.

En este punto, el elogio del ateo Spinoza («paradigma del héroe moral kantiano, [pues] puede obrar moralmente sin creer en Dios, porque la razón práctica le proporciona las reglas adecuadas para ello y éstas nos permiten determinar nuestra voluntad al margen de cualquier materia») le sirve a Aramayo para afianzar una lectura de Kant en la que la realización de este sumo bien se constituye como horizonte o ideal *utópico* que, en base a esa fe racional, a esa creencia «en la potencialidad virtual de nuestras acciones morales»,

se constituye como expresión última de nuestra esperanza. También muestra el autor que el ejercicio de nuestra *libertad* es muestra del talante utópico de la filosofía práctica kantiana, horizonte de esperanza futura «al cual cabe aproximarse indefinidamente gracias a la confianza generada por creer que su realización es posible», creencia que justifica que hablemos de una emancipación del azar en tanto que confiamos en que la tarea moral es posible y no lo dejamos simplemente al albur del destino. En definitiva, Kant nos estaría ofreciendo una «utopía moral como emancipación del azar». Este tipo de lecturas en clave de “ateísmo ético” pretenden situar a Kant como un pensador cuya ética inmanente no deja apenas lugar a Dios, distanciándose así Aramayo de algunas lecturas que ven la filosofía kantiana mucho más cercana a posturas de corte teológico (como sería la necesidad de la gracia divina en el actuar humano para suplir las deficiencias consustanciales a nuestra finitud).

No podemos dejar de reseñar la que sin duda es otra de las aportaciones fundamentales de este libro, a saber, los diálogos de Kant con otros pensadores en los que se nos muestra un autor con una fina sensibilidad en el ámbito social. Si bien nos hemos centrado al analizar la primera parte en las cuestiones de índole moral, también ahí encontramos interesantes reflexiones acerca de la política; pues no podemos olvidar que, según nos dice Kant, la política es condición de la moralidad. Pero es en esta segunda parte donde más se muestra la preocupación kantiana por temas de actualidad política (de entonces y de hoy) y asuntos de claro cariz social. Tras haber expuesto, como decimos, en la primera parte del libro algunos problemas centrales de la filosofía política kantiana, como son los de la censura, el papel social del filósofo con respecto al poder o la constitución republicana de una federación cosmopolita, el diálogo con autores como Rousseau, Diderot, Platón o Cassirer permite a Aramayo abordar en esta segunda mitad algunas de estas mismas cuestiones de manera más concreta. A modo de ejemplo seleccionaremos dos: el diálogo con Diderot y la lectura en clave política de Cassirer.

El ejercicio netamente filosófico que hace Aramayo con Diderot es sumamente interesante, precisamente por la falta de evidencias textuales. El autor da cuenta al comienzo del capítulo dedicado a la relación con Diderot de las dificultades que tenemos al intentar datar, en base a archivos de bibliotecas, correspondencia, etc., su influencia en Kant. No obstante, un análisis de los textos de ambos autores demuestra, más allá de las comprobaciones de tipo filológico, la enorme afinidad filosófica entre ambos. Superando lecturas como las de Jonathan Israel, que hacen caer a Kant del lado de una *Ilustración moderada*, frente a otra *radical* en la que se incluiría Diderot, Aramayo encuentra un espíritu crítico común a ambos que les acercaría más de lo que lecturas de este tipo afirman (o que, en todo caso, nos obligarían a situar a más bien Kant del lado radical). Así, por ejemplo, vemos cómo el famoso mandato «*Sapere aude!*» kantiano tiene su reflejo casi exacto en las proclamas de Diderot sobre el uso autónomo de la razón por parte de los individuos, con la subsiguiente crítica a la religión entendida como instancia de producción de mandatos morales heterónomos. O, también, cómo el espíritu ilustrado de ambos los lleva a promover el cosmopolitismo y una ética de la hospitalidad entre naciones a la vez

que a condenar las atrocidades que el colonialismo estaba cometiendo en los nuevos territorios conquistados por los europeos.

En el caso de Cassirer vemos cómo un autor mucho más cercano a nosotros tanto en el tiempo como en la sensibilidad al plantear problemas que hoy siguen siendo apremiantes para nuestra sociedad metaboliza el pensamiento kantiano haciéndole gozar de una vigencia plena. La visión de Cassirer, humanística y defensora de una razón simbólica generadora de vínculos sociales, es contrapuesta a la lectura en clave ontológica que hace Heidegger de la filosofía kantiana, con las consecuentes derivas políticas que de una y otra se pueden deducir. Este capítulo es sumamente sugerente al plantear el fundamental problema del conflicto de las interpretaciones de los autores, especialmente agudizado en el caso de Kant. La lectura de Cassirer, en la que se encuadra la de Aramayo, asume la primacía de la razón práctica sobre la teórica y pone el acento en la defensa kantiana de los derechos humanos y en la construcción de sociedades más abiertas y justas. Una opción interpretativa (frente a otras, como la mencionada de Heidegger, pretendidamente apolítica, pero con unos resultados decididamente perniciosos) ante la que hay que tomar partido.

Son muchas las cuestiones que no hemos podido incluir aquí pero que sin duda hacen aún más recomendable la lectura de este libro. Los diálogos con autores como Heine, Freud o Schopenhauer, la actualización de los problemas kantianos por Muguerza o la inclusión de debates actuales en círculos kantianos por todo el globo y que no hemos tematizado en extenso (como, por ejemplo, la consideración de los afectos y de los sentimientos, en particular la diferencia entre fanatismo y entusiasmo, en política) son buenas razones por las que elogiar un libro que, en su rigurosidad, está escrito de forma clara y tiene una decidida voluntad pedagógica. Es una introducción para los menos iniciados en el pensamiento de Kant a la vez que una revisión para aquellos que tienen la imagen de un pensador excesivamente rigorista, celoso de un formalismo inquebrantable. En la línea de lo que apuntábamos al principio de esta reseña, reiteramos la idea de que cada época ha de hablar de nuevo sobre, con y contra Kant. El libro de Roberto R. Aramayo nos facilita esta tarea al presentarnos a un pensador mucho más amable de lo que viejas historias de la filosofía nos podrían hacer pensar.

